

Numéro 11, entretien

# El oficio de escribir: entrevista a Luisa Valenzuela

Victoria Ríos Castaño  
Université Paris-Sorbonne  
victoriamcjury@gmail.com

Citation recommandée : Ríos Castaño, Victoria. “El oficio de escribir: entrevista a Luisa Valenzuela”. *Les Ateliers du SAL* 11 (2017) : 172-178.

La dilatada carrera de Luisa Valenzuela (Buenos Aires, 1938) como periodista, docente, investigadora y escritora, dedicada durante cincuenta años ininterrumpidos a la literatura, nos ha legado hasta el momento más de 30 libros entre novelas, volúmenes de cuentos, microrrelatos y ensayos, que ha escrito en su Buenos Aires natal y por los caminos de la errancia (París, Nueva York, Barcelona y Ciudad de México), donde también ha buscado lo que ella denomina el "Secreto".

En su obra transitan varios temas recurrentes como son el deseo erótico (véase, por ejemplo, *El gato eficaz* de 1972 y *La travesía* de 2001); los horrores de la dictadura militar argentina (*Aquí pasan cosas raras* de 1975 y *Como en la guerra* de 1977); la religiosidad convertida en herejía (*Los heréticos* de 1967 y *El chiste de Dios y otros cuentos* de 2017); el poder de la palabra (*Cola de lagartija* de 1983 y *El Mañana* de 2010); la reescritura de los mitos patriarcales (*Cuentos de Hades*, incluido en la colección *Simetrías* de 1993); y las máscaras (los ensayos *Diario de máscaras* de 2014 y *Conversación con las máscaras* de 2016, y su última novela *La máscara sarda, el profundo secreto de Perón* de 2012).

Su obra ha recibido gran reconocimiento en Argentina e internacionalmente —se ha traducido casi en su totalidad al inglés y, en parte, al alemán, francés, japonés y portugués, entre otros idiomas. Se le han otorgado distinciones entre las que destacamos el Premio Kraft al periodismo, el Gran Premio de Honor de la SADE, el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Knox (Illinois) y de la Universidad Nacional de San Martín (Provincia de Buenos Aires), la Medalla Machado de Assis de la Academia Brasileira de Letras, el Premio Astralba de la Universidad de Puerto Rico, el Premio Esteban Echeverría de la Asociación Gente de Letras, y muy recientemente, el Premio León de Greiff al Mérito Literario en Medellín.

El pasado 20 de noviembre de 2017 tuvimos la oportunidad de escuchar la intervención de la autora en la Salle des Actes de la Universidad Paris-Sorbonne, titulada "Escribir distinto: escribir de verdad", a cuyo término la autora respondió generosamente a numerosas preguntas. La concesión de esta entrevista, que le agradecemos encarecidamente, es también fruto de aquel encuentro.

**VRC. En *Escritura y secreto: viaje alrededor del misterio* (2002) cuenta que de niña, cuando veía escribir a su madre, Luisa Mercedes Levinson, pensaba que ese no sería su oficio. ¿Cómo es que terminó convirtiéndose finalmente en escritora?**

LV. Fue sin quererlo. Soñaba con ser o hacer de todo, ser científica, trotamundos, aventurera. Era una lectora voraz y

estaba rodeada de gentes de letras, pero la escritura no estaba dentro de mis planes. Hasta cuando, a mis 17 años, me aseguraron que el periodismo englobaba todo lo que yo quería ser o hacer, y les creí. Y me fui adentrando a tientas por ese camino periodístico, y un buen día escribí un cuento para demostrar que no era tan difícil hacerlo, y dicho cuento, que en un principio se tituló "Ese canto", es hoy "Ciudad ajena" y sigue circulando. Como en mí sigue circulando la certeza de una vocación.

**VRC. La búsqueda de un estilo propio marca el comienzo de muchos escritores. ¿En qué autores o libros cree que se pudo reflejar cuando comenzó a escribir?**

LV. Como dije antes, fui una lectora voz y leía cuanto libro caía en mis manos, y eran muchos porque estaba rodeada. Moneda que caía en mis manos era destinada a libros viejos que encontraba en las ventas de garaje en Belgrano R, cerca del colegio. Así que todo confluía, Salgari y Kafka, Las aventuras de Guillermo Brown y Poe. Entiendo que es una buena receta, tipo fusión para amasar un estilo.

**VRC. Se dice que la soledad frente a la hoja en blanco y la imposición de una rutina son algunos de los primeros obstáculos con los que se encuentra el escritor novicio. ¿Supuso también un problema para usted?**

LV. ¿Novicio? También en cualquier momento de la carrera. Si bien no sé si esos temas concretos, hoja en blanco y demás, u otros infinitamente más subrepticios, son los que nos detienen en nuestro impulso. Porque lanzarse a la escritura, más que decisión y voluntad, requiere mucho coraje. Es un zambullirse cada vez en aguas desconocidas, y alguna amenaza habrá, allá en el fondo, que no queremos discernir y sin embargo nos interpela. Bien lo señaló Clarice Lispector.

**VRC. A lo largo de su vida ha compaginado su oficio de escritora con el de periodista, docente e investigadora. ¿De qué manera cree que estas otras profesiones han podido marcar su relación con la literatura y aparecer reflejadas en su obra?**

LV. En el universo del arte todas son influencias, todo es aprendizaje constante. Somos esponjas, quienes escribimos. Eso sí, siempre fueron actividades relacionadas con la literatura. El periodismo puede ser muy otra cosa, pero tuve un jefe especial, Ambrosio Vecino, que fue mi maestro. Un hombre apasionado por las letras. En cuanto a la docencia, no sé... fue y de vez en cuando sigue siendo algo aleatorio, circunstancial. Una sucesión de brillantes zanahorias que me fueron poniendo los gringos

frente a las narices. Poetas gringos, para colmo. Primero llegó la invitación como escritora en residencia de la Universidad de Columbia. Un semestre, 1979, te imaginás que quería irme para no volver. Fue Daniel Halpern el primero que me tentó para dictar un taller allí en el departamento de inglés. Por unos cuantos años. Después Helene Anderson y John Maynard me captaron para NYU. Les estoy muy agradecida a todos ellos por la maravillosa experiencia neoyorquina (icasi once años!) pero sólo volveré a dictar talleres muy pero muy esporádicamente: es como escribir a través de los demás.

**VRC. En varias entrevistas y ensayos ha reflexionado sobre dos de sus lemas más conocidos: por una parte, el peligro de las palabras y el poder que detentan quienes las manipulan, y por otra, el uso que hace de su cuerpo y de su palabra para escribir. ¿Podría ofrecernos algún ejemplo de cómo se manifiestan ambos lemas en su obra?**

LV. ¿Ejemplos? Se trata de percepciones muy profundas más que de hechos concretos. El escribir con el cuerpo lo siento físicamente, como un fluir de la energía. Y lo del poder de la palabra, bueno... no necesita ejemplo, lo vemos a diario con el descaro con que circulan las posverdades y las falsas verdades. Sin embargo, para tratar de poner en funcionamiento estos dos conceptos escribí sendas novelas: *Novela negra con argentinos* para indagar sobre el tema cuerpo y escritura, y *El Mañana*, sobre el de las palabras. A parte, por supuesto, de los variados ensayos, pero esa es agua de un costal más agujereado...

**VRC. Existen multitud de estudios y volúmenes críticos sobre su obra. En uno en concreto, *Luisa Valenzuela: sin máscara* (2002), editado por Gwendolyn Díaz, parece que se involucró activamente. ¿Es usted lectora habitual de sus autores críticos? ¿Qué relación mantiene con ellos y cómo entiende su función?**

LV. La verdad es que con Gwendolyn hemos llegado a ser grandes amigas. Pero siempre me da escozor leer lo que se escribe sobre mí, o ver mis videos y demás. No me resulta nada sencillo enfrentarme con la propia obra, con aquello que anduve gestando tiempo atrás. Eso sí, contesto entrevistas. Y contesto preguntas, todas las que quieran, son estimulantes. Más que las respuestas, claro. Me gusta reflexionar sobre lo que hago, lo que va creciendo en forma inesperada, sorprendente. Pero no encararlo de frente una vez que el libro o lo que fuere ha salido por fin del horno. Es cierto que asisto, inflada de orgullo, a las conferencias y coloquios sobre mis escritos, y escucho con atención, y suelo maravillarme con ciertos trabajos ajenos y sé

que estas críticas y críticos tienen muchísima más lucidez que yo, que navego en la penumbra.

**VRC. Su obra ha sido traducida, casi en su totalidad, al inglés y, en parte, al alemán, al francés y al portugués, entre otros idiomas. En el caso del inglés y el francés, lenguas que domina a la perfección, ¿se ha implicado en la traducción de alguna de sus obras para asegurarse de que los traductores le eran fieles al original? ¿Qué relación mantiene con sus traductores y qué opinión le merece su trabajo?**

LV. Amo a mis traductoras, últimamente mujeres: Brigitte Torres-Pizzetta, la francesa; Marguerite Feitlowitz, la norteamericana; Ana Markovic, la serbia. Todas y todos me suelen consultar (Susan Sontag decía que le resultaba muy sospechoso un traductor que no consultara al autor). Pero cuando conozco el idioma sólo leo las traducciones al final, cuando hay que ajustar tornillos. Es agobiante volver a lo ya escrito. Y desconcertante. Late la pregunta: ¿podré volver alguna vez a escribir así? Y para colmo la respuesta siempre es NO. Hay que empezar de cero. Cada libro, cada cuento, es como un globo de helio que se ha largado a volar por su cuenta.

**VRC. En *Los deseos oscuros y los otros: cuadernos de New York* (2002) hay un pasaje en el que aborda el tema de la fama y de los compromisos formales del escritor. Nos cuenta, por ejemplo, que durante una gira de invitaciones a seminarios y conferencias por el Reino Unido usted y Claribel Alegría se llamaban mutuamente "las foquitas", en referencia a la repetición de sus pruebas de destreza literaria ante el público. ¿Qué sensación le produce hoy en día la fama y los compromisos sociales del escritor?**

LV. Me encanta que traigas a colación este recuerdo con la tan querida y admirada Claribel. ¡Qué maravillosa gira inglesa fue aquella! Y éramos las foquitas, sí, pero no por nuestra destreza sino porque nos llevaban de circo en circo, para decirlo de alguna manera, a reanudar el show de las lecturas. En un teatro en Oxford, por ejemplo, leímos frente a una sala totalmente a oscuras que, sentimos ambas, era como *La clase muerta*, la obra de Tadeusz Kantor. O una sala vacía. Los aplausos al final y las preguntas nos sorprendieron. Por suerte nuestra guía del British Arts Council a lo largo de todo el recorrido fue la entrañable Jackie Kay, autora de *The Adoption Papers*.

**VRC. Existen varios temas recurrentes en su obra -la sexualidad, los horrores de la dictadura militar, la exagerada religiosidad convertida en herejía, la**

**reinención de los mitos, las máscaras. ¿Qué escribe en estos momentos? ¿Es consciente de si guarda relación o no con estos temas u obras anteriores?**

LV. Por una parte, están las pasiones. Las confesables, las otras, y las irreconocibles. Las máscaras, por ejemplo, configuran mi pasión expuesta, a la intemperie. Por otra parte, creo que todo cerebro es un original sistema de pensamiento con caminos neuronales propios. Y creo, sobre todo, que toda escritura, más allá de la no-ficción, son emprendimientos de búsqueda, en procura de alcanzar lo inalcanzable, de desatar nudos. Por lo que es muy probable que todo guarde relación entre sí. Ahora tengo tres proyectos, muy diversos, uno ya bastante adelantado, los otros en ciernes. Ojalá logre sumergirme en alguno con el suficiente entusiasmo y desparpajo como para lograr algo satisfactorio. Satisfactorio para mí.

**VRC. Cuando piensa en el conjunto de su obra hasta el momento, ¿es usted una escritora autoexigente consigo misma? ¿Si tuviera la oportunidad de "reescribir" alguna de sus publicaciones, lo haría?**

LV. Autoexigente sí, pero no en el sentido de pretender pergeñar la novela del siglo o algo semejante. Ni escribir como tal o cual admirado/a autor/a. Sino de sorprenderme, de generar algo que no estaba allí antes, de calar... no sé si la palabra es hondo pero sí, hondo en el sentido de que surja de una zona antes para mí ignota, inexplorada. Por eso mismo no me avergüenzo de nada de lo que he escrito. De hecho, mi primerísima novela de los veintipico de años se sigue traduciendo. No podría cambiar ni una palabra. Cada libro mío, cada cuento, me asombra y lo siento completo e inmodificable tal como está. Salvo, claro, pequeños detalles sin importancia. ¿Cómo pude escribir eso? me pregunto. No porque me parezca genial sino simplemente inesperado.

**VRC. Usted es una escritora que ha experimentado de lleno los cambios de la era digital. Frente al papel, el bolígrafo y la máquina de escribir, los viajes en búsqueda de sensaciones y la consulta de libros en una biblioteca, ¿cómo escribe hoy en comparación con el pasado?, ¿cómo cree que ha podido influir el ordenador y el acceso a internet en su escritura?**

LV. Como con todo, no se trata de ser kantianos y de la "cosa en sí". Se trata del uso que le damos. En mis épocas de la escritura a mano, frente al placer tan especial de la pluma fuente deslizándose por el papel, a veces necesitaba pasar directamente a la máquina de escribir. Una cuestión de ritmo, de la respiración de lo que estaba gestando. Ahora me sigue importando mucho el

ritmo y la respiración de cada frase, pero la cosa sería al revés; aunque gana la pereza mecánica y voy largando todo –cuando estoy con suerte, la mal llamada inspiración– con el correr de las teclas blanditas de la compu. Tengo la dudosa ventaja de ser mala dactilógrafa, entonces, al corregir voy pudiendo percibir (oír) las cacofonías, desafinaciones y desarreglos. Y en cuanto al acceso a Internet, agradezco sus infinitas posibilidades y su generosidad. Es cuestión de saber qué se busca y abrirse al asombro, y a escarbar más a fondo. No sé si habría podido escribir mi libro *Cortázar/Fuentes, entrecruzamientos* a la velocidad y con la felicidad que lo hice sin esta herramienta actual.